

AGATHA CHRISTIE

MUERTE EN EL NILO



PLANETA TIERRA

 Planetalector

Agatha Christie
MUERTE EN EL NILO



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Linnet Ridgeway!

—¡Es ella misma! —dijo Burnaby, propietario de Las Tres Coronas.

Se dirigió a su compañero.

Ambos se quedaron mirando fijamente, con los ojos como círculos y la boca ligeramente entreabierta.

Un Rolls Royce, rojo y sinuoso, acababa de detenerse frente a la oficina de correos local.

Una muchacha se apeó del automóvil, una muchacha sin sombrero y luciendo un vestido que parecía —solo parecía— sencillísimo. Una muchacha de cabello dorado y rasgos autoritarios. Una muchacha de formas encantadoras. Una muchacha como se veían pocas en Malton-under-Wode.

Con paso imperioso entró en la oficina de correos.

—¡Es ella! —repitió Burnaby. Y continuó en voz baja, en tono confidencial—: ¡Posee millones...! Se gastará aquí miles y miles de dólares. Hará construir piscinas, jardines italianos y una sala de baile. Hará derribar la mitad de la casa y la volverá a edificar.

—Traerá dinero a la ciudad —dijo su compañero.

Este era un individuo flaco. Hablaba con tono gruñón en el que se advertía algo de envidia.

Burnaby parecía estar complacidísimo.

—Sí, es una suerte para Malton-under-Wode. Una gran suerte.

Burnaby asintió, moviendo la cabeza.

—¿Qué diferencia con sir George! —exclamó el otro.

—Los caballos tuvieron la culpa —aseguró su compañero, con indulgencia—. Nunca tuvo suerte.

—¿Cuánto le pagó por la casa?

—Apenas unos sesenta mil dólares, según dicen.

El hombre delgado dejó escapar un silbido.

—Y se asegura que habrá gastado otros sesenta mil antes de acabar.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre delgado—. ¿De dónde ha sacado tanto dinero?

—De Estados Unidos, por lo que yo he oído. Su madre era hija única de uno de esos groseros millonarios. Como en las películas, ¿sabe?

La muchacha salió de la oficina de correos y subió al coche. El hombre delgado la devoró con la mirada mientras ella emprendía la marcha, y murmuró entre dientes:

—No me parece justo que sea tan guapa. Dinero y belleza... es demasiado. Cuando una joven es tan rica como esa, no tiene derecho a ser bella al mismo tiempo... Y ella es bella al mismo tiempo... ¡Y es bella de verdad...! Tiene todo lo que puede apetecer una mujer... ¡No es justo!

Extracto de la página de sociedad del *Daily Blague*:

«Entre los asistentes a la cena de Chez Ma Tante tuve ocasión de admirar la belleza de Linnet Ridgeway. A su

lado estaban la distinguida miss Joanna Southwood, lord Windleshaw y Tobias Bryce. Miss Ridgeway, como nadie ignora, es hija de Melhuish Ridgeway y de Ana Hartz. Hereda de su abuelo, Leopold Hartz, una inmensa fortuna. La encantadora Linnet es la sensación del momento; se rumorea que en breve se hará público un noviazgo. ¡Lord Windleshaw parecía, en efecto, muy entusiasmado!»

La distinguida miss Joanna Southwood dijo:

—Querida, creo que todo esto va a ser sencillamente maravilloso.

Estaba sentada en el dormitorio de Linnet Ridgeway, en Wode Hall. Desde la ventana contemplaba los jardines a sus pies y, más allá, se veía el campo abierto enmarcado por las sombras azules de los bosques.

—Es estupendo esto, ¿verdad? —dijo Linnet.

Apoyó los brazos en el alféizar de la ventana. Tenía una expresión ardiente, vivaracha, dinámica. A su lado, Joanna Southwood parecía, en cierto modo, algo oscurecida. Era una dama joven, de veintisiete años, con un rostro largo e inteligente y cejas depiladas caprichosamente.

—¿Y has hecho todo esto en tan poco tiempo? Habrás empleado un gran número de arquitectos y además...

—Tres.

—¿Cómo son los arquitectos? No creo haber visto ninguno.

—Estaban bien. A veces los encontraba poco prácticos.

—Querida. ¡Eres encantadora! ¡Tú sí que eres práctica!
Joanna tomó un collar de perlas del tocador.

—Supongo que serán auténticas, ¿verdad, Linnet?

—Naturalmente.

—Esto te parecerá natural a ti, querida, pero no a todo el mundo. Amiga mía, parece increíble que estén unidas tan artísticamente. Deben valer una fortuna fabulosa.

—Unas cincuenta mil libras esterlinas a lo sumo.

—Es una cantidad bastante importante. ¿No tienes miedo de que te las roben?

—No. Las llevo siempre encima... Además están aseguradas.

—Déjame que las luzca en la comida. ¿Quieres, querida? Linnet esbozó una sonrisa.

—Naturalmente. Si esto te agrada...

—¿Sabes, Linnet? Te envidio, realmente. Tú tienes todo cuanto se te antoja. Hete aquí a los veinte años dueña absoluta de tus propias acciones, con todo el dinero que deseas, belleza y una salud soberbia. ¡Tienes hasta talento! ¿Cuándo cumples los veintiuno?

—En junio próximo. Daré una fiesta de cumpleaños en Londres.

Sonó el teléfono y Linnet acudió presurosa.

—¡Sí!

—Mademoiselle de Bellefort desea hablar con usted. ¿Le paso la comunicación?

—¿Bellefort...? ¡Oh, claro que sí!

Se oyó un chasquido e inmediatamente después una voz de ardiente tono, dulce y apresurada, se dejó oír.

—¡Hola...! ¿Miss Ridgeway? ¿Linnet?

—¡Jacqueline, querida...! Hacía un siglo que no sabía nada de ti.

—En efecto, querida amiga... ¡Es terrible lo que me ocurre...! ¡Tengo que verte inmediatamente!

—¿No puedes venir aquí? Quiero enseñarte este juguete nuevo.

—Me gustaría mucho.

—Bueno, pues cuando quieras, ven en tren... en coche.

—Iré en seguida. Tengo un biplaza bastante usado. Lo compré por quince mil libras y hay días en que marcha estupendamente. Pero tiene sus rarezas. Si no he llegado a la hora del té, es que mi coche ha tenido una de sus rarezas. ¡Hasta luego, querida!

Linnet colgó el teléfono. Regresó junto a Joanna.

—Es mi antigua amiga, Jacqueline de Bellefort. Estuvimos juntas en un colegio, en París. Ha tenido siempre una mala suerte terrible. Su padre es un conde francés, su madre norteamericana... del Sur. Luego su progenitor se fugó con otra mujer y su pobre madre perdió hasta el último céntimo en la quiebra de Wall Street. Jacqueline quedó completamente arruinada. No sé cómo se las habrá arreglado para pasar estos dos años.

Joanna estaba ocupada en dar brillo a sus uñas de un color rojo sangriento con el *polissoir* de su amiga. Se hizo hacia atrás en la silla, con la mano extendida, para contemplar el efecto de su obra.

—Querida —dijo arrastrando las palabras—, ¿no crees que eso es demasiado aburrido? Si alguna de mis amigas tuviese una *desgracia*, yo la abandonaría inmediatamente. A primera vista parece inhumano, pero nos evita un gran número de molestias futuras. Luego te pedirían dinero prestado o te harían acompañarlas a una tienda de modas donde no tendrías

más remedio que pagar los trajes que eligiesen. O pintarían pantallas horribles que tú te verías obligada a adquirir. O te harían bufandas tejidas.

—Entonces, si yo perdiese mi dinero..., ¿me abandonarías mañana mismo?

—Sí, querida, lo haría. ¡No podrás decir que no soy franca! Solo me gusta la gente que triunfa. Y lo mismo le pasa a todo el mundo, con la diferencia de que ellos son más hipócritas y no quieren confesarlo. Dicen, por ejemplo, que no pueden aguantar más a Mary, a Emily o a Pamela. «¡Sus sufrimientos la hacen tan *amargada* y tan peculiar... Pobre chica!».

—¡Qué cruel eres, Joanna!

—Soy positiva, como todo el mundo.

—Yo no soy *positiva*.

—Tú tienes tus razones. No hay motivo para ser mezquina cuando se tienen apoderados jóvenes y bien parecidos que te envían tus enormes rentas cada cuatro meses.

—Y tú te equivocas respecto de Jacqueline —dijo Linnet—. Ella no es ninguna pedigüeña. Por el contrario, he querido ayudarla varias veces y no me lo ha permitido. Es tan orgullosa como el diablo.

—¡Pero ahora tenía tanta prisa en hablarte! ¡Apostaría que piensa pedirte algo! Ya lo verás.

—Parecía excitada por algo —admitió Linnet—. Jacqueline ha sido siempre excesivamente impulsiva. Una vez le clavó un cortaplumas a uno.

—¡Querida, eso es estupendo!

—Fue a un chico que martirizaba a un pobre perro. Jacqueline intentó convencerle para que dejase en paz al desgraciado animal. Él no le hizo caso. Entonces ella le empujó

con todas sus fuerzas, pero él era más fuerte y no cedió. Entonces Jacqueline sacó un cortaplumas y se lo clavó hasta la empuñadura. Fue una escena horrorosa.

—Eso iba yo a decirte. ¡Parece peligrosa!

La doncella de Linnet entró en la habitación. Murmurando unas palabras de excusa, tomó un vestido del armario y volvió a salir.

—¿Qué le pasa a Marie? —preguntó Joanna—. Parece que ha estado llorando.

—Pobrecita. ¿No te dije que quería casarse con un individuo que tenía un empleo en Egipto? Ella no sabía gran cosa de él y yo pensé que sería conveniente cerciorarme de sus buenas intenciones. Pues bien, hice practicar averiguaciones y resulta que el *angelito* estaba ya casado y tenía tres hijos.

—¡Cuántos enemigos debes tener, Linnet!

—¿Enemigos? —Linnet parecía sorprendida.

Joanna insistió con un movimiento de cabeza y sacó un cigarrillo.

—¡Enemigos, querida! ¡Eres tan devastadoramente inteligente! Además eres excesivamente bondadosa y haces todas las buenas acciones que puedes.

Linnet rio de todo corazón.

—¡No tengo un solo enemigo en todo el mundo!

Lord Windleshaw estaba sentado bajo el cedro del jardín. Sus ojos acariciaban las graciosas proporciones de Wode Hall. No había nada que contrastase desagradablemente en sus líneas de antiguo estilo. Los edificios nuevos y los ensanches estaban fuera de la vista por alzarse al otro lado. Constituía una visión

apacible y bella bañada por la luz de un sol de otoño. Sin embargo, al contemplarlo, no le parecía ver Wode Hall. Lo que admiraba Charles Windleshaw era una mansión magnífica de puro estilo isabelino, con un parque de gran extensión y un fondo muy sombrío... La residencia habitual de su familia, Charltonbury, y en primer plano se destacaba la figura de una muchacha de cabello brillante color oro y una expresión ardiente y confiada... ¡Linnet sería la señora de Charltonbury!

Estaba muy esperanzado... Su negativa no había sido definitiva... Fue tan solo una petición de plazo... Bien, podía esperar algo más.

¡Cuán conveniente era todo para él! Indudablemente se casaba por dinero, pero no le era tan necesario que tuviese que posponer sus propios sentimientos. Además, amaba a Linnet. Habría deseado hacerla su esposa, aunque se hubiese tratado de una mendiga en vez de ser la mujer más rica de Inglaterra. Pero afortunadamente era la mujer más rica de Gran Bretaña... Su cerebro elaboraba sin cesar planes para el futuro. Tal vez llegaría a poseer el condado de Rozdale, restauraría toda el ala derecha del edificio, no tendría necesidad de alquilar sus cotos de caza de Escocia...

Charles Windleshaw soñaba al sol...

Eran las cuatro en punto cuando el desvencijado biplaza se detuvo con un ruido de arena aplastada. Una muchacha saltó del coche, una criatura esbelta, elegante, con una gran cabellera oscura. Subió apresuradamente los escalones y llamó al timbre.

Pocos minutos más tarde fue conducida al suntuoso

gabinete y el mayordomo de aspecto eclesiástico anunció con grave entonación:

—¡Mademoiselle de Bellefort!

—¡Linnet!

—¡Jacqueline!

Windleshaw se apartó a un lado, observando con simpatía aquella figurita orgullosa que se lanzó con los brazos abiertos sobre Linnet.

—Lord Windleshaw... Mademoiselle de Bellefort... Mi mejor amiga.

Una criatura monísima, pensó él... No guapa, en realidad, pero decididamente atractiva con aquella mata de pelo oscuro y rizado y aquellos ojos enormes. Murmuró unas cuantas naderías corteses y se marchó, para dejarlas solas. Jacqueline chasqueó los dedos... un gesto que según Linnet lo recordaba, le era característico.

—¡Windleshaw! ¡Windleshaw! Ese es el hombre con quien vas a casarte, según afirman los periódicos. ¿Es verdad?

Linnet murmuró:

—Tal vez.

—¡Ah, querida, cuánto me alegro! Parece excelente.

—¡Oh, no des ya las cosas por hechas! Todavía no me he decidido.

—Claro que no. La reina debe proceder siempre con gran cautela y escrupulosidad a la elección de consorte.

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Pero si es verdad. Tú eres una reina, Linnet. Lo fuiste siempre. *Sa Majesté la reine Linnet*. Y yo soy la favorita de la reina. Su dama de honor de confianza.

—¡Cuántas tonterías dices! Dime, Jacqueline, ¿dónde has

estado todo este tiempo? Desapareciste y no me has escrito ni una sola vez.

—Odio a muerte la escritura. ¿Dónde he estado? Ahogada casi. Sumergida hasta el cuello. He estado trabajando en empleos sumamente groseros, con mujeres más groseras aún.

—Oh, querida, querida, me gustaría...

—¿Que aceptase la generosidad de mi reina? Pues bien, con franqueza, ese es el motivo que me ha hecho venir. No, no para pedirte dinero. ¡No he llegado a esa situación todavía! Pero he venido a solicitar de ti algo mucho más importante aún.

—Adelante.

—Si, en efecto, piensas casarte con ese Windleshaw, tal vez me comprenderás.

Linnet pareció sorprendida durante un minuto. Luego su rostro se aclaró.

—¿Quieres decir, Jacqueline, que...?

—Sí, querida; prometida a un hombre...

—Era eso. Ya me parecía que estabas en cierto modo demasiado alegre. Siempre lo has estado, desde luego, pero ahora bastante más que de ordinario.

—Esos son mis sentimientos. En efecto.

—Háblame de él.

—Se llama Simon Doyle. Es alto, ancho de hombros, increíblemente simplón y pueril y extraordinariamente adorable. Es pobre... no tiene ni un penique. Es lo que ustedes llaman un noble provinciano empobrecido. Es el menor de sus hermanos, con las consecuencias de rigor. Su familia procede de Devonshire. Le gusta el campo y las cosas rústicas. Y estos cinco años últimos los ha pasado en un despacho de la

City. Ahora han cerrado el establecimiento y lo han dejado en la calle. ¡Me moriré, de eso estoy segura, si no me caso con él, Linnet...! ¡Me moriré! ¡Me moriré!

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Me moriré de pesar, te lo aseguro. Estoy loca por él y él por mí. No podemos vivir el uno sin el otro.

—¡Ay, querida! ¡No te pongas así!

—No sé... Es terrible, ¿verdad? Cuando el amor se apodera de una, la entontece y la deja incapaz de pensar en otra cosa que no sea el objeto amado.

Hizo una pausa. Los ojos oscuros se dilataron adquiriendo una expresión trágica. El cuerpo de la joven se estremeció ligeramente.

—A veces me asusto... Simon y yo fuimos hechos el uno para el otro. Jamás me interesará nadie más. Y tú *tienes* que ayudarme. Me he enterado de que has comprado todo esto y la noticia me ha inspirado una gran idea. Verás, tú necesitarás un administrador... tal vez dos... Pues bien, quiero que des este empleo a Simon.

—¡Oh! —Linnet estaba alarmada.

Jacqueline continuó:

—Conoce todo esto como sus propios dedos. Fue educado en fincas rústicas y tiene una gran práctica. Además, posee grandes conocimientos en negocios. ¡Oh, Linnet, tú le darás ese empleo! ¿Verdad que se lo darás por cariño hacia mí? Si no se porta bien, si demuestra ser poco eficiente, lo echas. Pero sé que no. Desempeñará su cargo a las mil maravillas. Y viviremos en una casita y yo te veré todos los días. El jardín me parecerá entonces cien veces más hermoso.

Se levantó.

—Di que sí, Linnet. Di que sí. Preciosa Linnet. Linnet querida. Di que sí.

—Jacqueline...

—¿Sí?

Linnet estalló en carcajadas.

—¡Jacqueline ridícula! Tráeme al príncipe de tus sueños para que yo lo vea, y luego hablaremos.

Jacqueline se lanzó sobre su amiga, besándola con frenesí.

—Linnet querida... Eres una verdadera amiga. Ya sabía que lo eras, y que no permitirías que me muriese. Eres lo más encantador de este mundo. ¡Adiós!

—Pero, Jacqueline, te quedarás.

—¿Yo? De ninguna manera. Regreso a Londres y mañana volveré con Simon y lo arreglaremos todo. Te encantará. Es una verdadera preciosidad.

—¿No puedes esperar hasta que tomemos el té?

—No, no puedo esperar, Linnet. Estoy demasiado excitada. He de regresar y decírselo a Simon. Sé que estoy loca, querida, pero no puedo evitarlo. El matrimonio me curará; yo así lo espero. Siempre se ha dicho que ejerce saludables efectos sobre temperamentos como el mío. Me equilibraré pronto.

Se dio vuelta hacia la puerta, se detuvo un momento, luego volvió para besarla.

—Querida Linnet... ¡No hay nadie como tú!

Gaston Blondin, propietario del restaurante de moda Chez Ma Tante, no era un hombre a quien le gustara honrar con su presencia a todos los clientes. La riqueza, la belleza, la noto-

riedad y la aristocracia esperaban en vano ser distinguidos por aquel personaje o siquiera atraer su atención. Solo en casos excepcionales monsieur Blondin condescendía graciosamente a saludar a un huésped dándole la bienvenida, a acompañarlo a una mesa privilegiada o a cambiar con él las frases de rigor en tales casos.

En esta noche particular, monsieur Blondin había ejercido sus prerrogativas reales tres veces: una para una duquesa, otra para un par del reino y la última para un hombrecillo de apariencia cómica con bigotes negros exuberantes y que cualquier observador casual habría creído que hacía muy poco favor a Chez Ma Tante con su presencia.

Monsieur Blondin, sin embargo, lo colmaba materialmente de atenciones.

Aunque solo hacía media hora que varios clientes se marcharon desesperados por no hallar ni una sola mesa vacía, ahora apareció una misteriosamente y para colmo de milagro situada en posición inmejorable. Monsieur Blondin condujo a este cliente hacia ella con *empressement*.

—Pero, naturalmente, para *usted* hay siempre una mesa, monsieur Poirot. Lo que quisiera es que nos honrase más a menudo con su presencia.

Hércules Poirot sonrió recordando aquel incidente, ya pasado, en que un cadáver, un camarero, el propio monsieur Blondin y una señorita encantadora habían desempeñado un papel importante.

—Es usted muy amable, monsieur Blondin —dijo.

—¿Está usted solo, monsieur Poirot?

—Sí, estoy solo.

—¡Oh, bien! Jules confeccionará para usted un menú que

será un poema... positivamente, un poema. Las mujeres, sobre todo las hermosas, tienen una desventaja: distraen la mente impidiendo que se saboreen bien los manjares. Pero usted paladeará nuestra comida, monsieur Poirot, se lo prometo. En cuanto al vino...

Siguió una conversación de técnica gastronómica. Monsieur Blondin se inclinó un momento bajando el tono de su voz y dijo confidencialmente:

—¿Tiene usted algún asunto entre manos?

—¡Ay, no! Estoy de vacaciones —dijo suavemente—. Hice mis economías cuando podía y ahora poseo medios suficientes para llevar una vida reposada.

—Lo envidia.

—No, no; sería poco juicioso envidiarme. Puedo asegurarle que no es todo tan agradable como parece —suspiró—. ¡Cuán verdadero es el proverbio que dice que el hombre inventó el trabajo para no tener que pensar!

Monsieur Blondin levantó las manos.

—¡Hay muchas cosas! Los viajes, por ejemplo.

—Sí, en efecto, se puede viajar. Ya lo he hecho en muchas ocasiones y me ha hecho bastante bien. Este invierno pienso ir a Egipto. El clima, según dicen, es soberbio. ¡Así escaparé a la tediosa monotonía de las nieblas perpetuas, de los tonos grisáceos, de la lluvia que cae incesantemente!

—¡Ah, Egipto! —suspiró monsieur Blondin.

—Ahora se puede ir allí evitando el mar, excepto en el obligado paso del canal.

—¡Ah! ¿No le gusta el mar?

Hércules Poirot movió la cabeza y se estremeció imperceptiblemente.

—A mí tampoco —declaró monsieur Blondin con simpatía—. ¡Es curioso el efecto que ejerce sobre el estómago!

—Pero solo sobre ciertos estómagos. Hay personas a quienes el movimiento no les causa la menor impresión. Incluso les gusta.

—Una incoherencia del Señor —corroboró monsieur Blondin.

Movió tristemente la cabeza y tras expresar su impío pensamiento desapareció.

Camareros de pies ágiles y manos expertas servían las mesas. Mantequilla, tostadas y una cubitera de hielo demostraban que se ofrecía comida de calidad.

La orquesta negra rompió en un éxtasis de notas discordantes. Londres bailaba.

Hércules Poirot observaba, registrando sus impresiones en su cerebro como en un archivo.

¡Cuán aburridos y cansados eran los rostros que veía! Algunos de aquellos hombres se divertían, indudablemente... mientras que una resignación paciente era el sentimiento general exhibido por los rostros de sus acompañantes. Aquella mujer gorda vestida de escarlata parecía radiante de felicidad... Indudablemente, la grasa le proporcionaba un deleite, una satisfacción, que estaba vedado a los que poseían líneas más armónicas. ¡Todo, en esta vida, tiene sus compensaciones!

Observó a un grupo de jóvenes, algunos carentes de expresión, otros aburridos, los más definitivamente infelices. ¡Qué absurdo llamar a la juventud el tiempo de la felicidad! ¡La juventud es la edad de mayor vulnerabilidad!

Su mirada se humanizó cuando vino a detenerse sobre

cierta pareja en particular. Un par de representantes de los dos sexos decididamente armoniosos. El hombre, alto y de anchos hombros. La mujer, esbelta y delicada. Eran dos cuerpos que se movían en un ritmo perfecto de felicidad por el lugar en que estaban, por la hora y porque salía la dicha a borbotones del interior de ambos.

El baile cesó bruscamente. Las manos palmorearon y los giros continuaron. A los pocos segundos la pareja feliz volvió a la mesa que ocupaban junto a la de Poirot.

La muchacha, roja de placer, reía. Cuando ella se sentó, Hércules pudo contemplar a placer su rostro, que tenía vuelto hacia su compañero.

Había algo, además de la risa, en su rostro.

Hércules Poirot movió la cabeza con aire dubitativo.

«Está demasiado enamorada esa pequeña —dijo para sí—. Está en peligro. Sí, la amenaza un peligro».

Luego llegó una palabra a su oído: Egipto.

Ahora percibía sus voces claramente: la juvenil de la muchacha, fresca, arrogante, con un acento nuevo y ligeramente extranjero en la pronunciación de las erres, y el timbre agradable, de tonos bajos, de su compañero, en que se advertía un inglés bien educado.

—No estoy vendiendo la piel del oso antes de matarlo, Simon. Te aseguro que Linnet no quiere defraudarnos.

—Tal vez *yo* la defraude.

—No seas tonto... Es un empleo ideal para ti.

—Hasta cierto punto, yo lo creo también... No tengo la menor duda sobre mi capacidad para desempeñarlo. Y haré todo lo posible por quedar bien... por ti.

La muchacha rio, una risa de pura felicidad.

—Esperemos tres meses para asegurarnos de que no te despide. Y entonces...

—Y entonces te dotaré con todos los bienes terrenales... Ese será el epílogo.

—Y como ya te dije: iremos a pasar nuestra luna de miel a Egipto. ¡Cueste lo que cueste! Toda mi vida he suspirado por ir a Egipto. El Nilo... las pirámides... la arena...

Dijo él con voz ligeramente indistinta:

—Todo aquello lo veremos juntos, Jacqueline..., juntos. ¿No será maravilloso?

—Eso me estaba preguntando. ¿Será tan maravilloso para ti como para mí? ¿Te intereso yo tanto como tú a mí?

La voz de la muchacha tenía un matiz duro, cortante; en sus ojos había algo semejante al miedo.

En la respuesta del hombre se observó la misma dureza:

—No seas absurda, Jacqueline.

Pero la muchacha repitió:

—Yo me pregunto...

Él se encogió de hombros.

Hércules Poirot murmuró para sí: «*Une qui aime et un que se laisse aimer*. Sí, yo también me lo pregunto».

Joanna Southwood dijo:

—Supongamos que él es terriblemente rústico.

Linnet movió la cabeza.

—No lo será. Puedo confiar en el gusto de Jacqueline.

—¡Ah, Linnet! La verdad se oculta siempre cuando se trata de asuntos amorosos.

Linnet agitó su rubia cabellera con impaciencia.

Cambió de tema.

—Tengo que ir a ver a míster Pierce para hablar sobre estos planos.

—¿Planos?

—Sí, hay unas cuantas casas de labor en malas condiciones de salubridad. Voy a hacer que las derriben y trasladaré a sus habitantes a otro sitio más sano.

—¡Qué compasiva eres!

—Tendrían que marcharse de todas maneras. Aquellas chozas habrían estropeado mi nueva piscina...

—¿Y le agradecerá marcharse a la gente que vive actualmente allí?

—La mayoría de ellos están complacidísimos. Uno o dos se muestran bastante estúpidos, realmente fastidiosos, en suma. Parecen no darse cuenta de la enorme mejora de la situación que les espera.

—Pero supongo que tú tampoco perderás con eso.

—Mi querida Joanna, lo hago en su propio beneficio.

—Naturalmente. Estoy segura de ello. Ganancias comunes...

Linnet frunció el ceño. Joanna rio.

—Vamos, querida. Confíesalo. Eres una tirana. Una tirana benéfica, si gustas, pero una tirana, al fin y al cabo.

—No tengo nada de tirana.

—Pero te gusta conseguir tus caprichos.

—No es eso precisamente.

—Linnet Ridgeway, ¿puedes mirarme a la cara y decirme honradamente si *se ha dado alguna vez el caso de que no hayas podido conseguir tus deseos?*

—Muchísimas veces.

—¡Oh, sí! Muchísimas veces... Está bien, pero cita casos concretos. No puedes hacerlo, aunque lo intentes. ¡No hay quien detenga la carrera triunfal de Linnet Ridgeway en su carro de oro!

Linnet dijo secamente:

—¿Crees que soy egoísta?

—No, pero eres irresistible. Tienes el efecto combinado del dinero y la belleza. Todo se inclina a tu paso. Lo que no puedes comprar con dinero, lo obtienes con una sonrisa. Resultado: Linnet Ridgeway, la muchacha que lo tiene todo.

—No seas ridícula, Joanna.

—Dime, ¿no lo tienes todo?

—Supongo que sí... Pero me resulta desagradable oírte decir.

—En efecto, es desagradable, querida. Debes de estar terriblemente cansada y *blasée* de todo y por todo. Es decir, todavía no lo estás, pero lo estarás. Entretanto, goza de tu avance triunfal en tu carrera de oro. Pero me pregunto, en realidad me lo pregunto sin cesar, ¿qué ocurrirá el día que llegues a una calle donde te encuentres un cartel que diga: «Prohibido el paso»?

—No digas estupideces, Joanna. —Cuando lord Windleshaw se acercó a ellas, Linnet dijo, volviéndose hacia él—: Joanna me está diciendo verdaderas obscenidades.

—Despecho, solo despecho —dijo Joanna vagamente, al mismo tiempo que se levantaba del asiento que ocupaba.

No dio excusa alguna para ausentarse. Había leído la advertencia en la mirada de Windleshaw. Este permaneció silencioso un par de minutos. Luego se lanzó a fondo.

—¿Te has decidido ya, Linnet?

Linnet dijo lentamente:

—¿Me crees tonta? Tal vez, no estando segura, debiera decir: «NO».

Él la interrumpió con un gesto.

—No lo digas. Tendrás tiempo, todo el tiempo que necesites. Pero tengo la seguridad de que seríamos muy felices los dos.

—Mira —el tono de Linnet parecía de excusa casi infantil—. Me estoy divirtiendo mucho, especialmente con esto. —Hizo un movimiento con la mano—. Quiero convertir Wode Hall en una residencia campestre ideal, para mí, claro está, y según mis propias iniciativas. Me parece que hasta ahora lo voy consiguiendo, ¿no te parece?

—¡Oh, sí! Es precioso. Maravillosamente proyectado. Es perfecto. Tú eres muy inteligente, Linnet.

Hizo una pausa y continuó:

—Pero te gusta Charltonbury, ¿verdad? Claro es que necesita que se modernice y todas esas cosas, pero tú te encargarías de eso. Te deleitará.

—¡Oh, sí! Charltonbury es magnífico.

Hablaba con espontáneo entusiasmo, pero interiormente experimentó una sensación de súbita frialdad. Algo extraño acababa de herir un sentimiento recóndito, turbando su completa satisfacción por la vida.

No analizó este sentimiento inmediatamente, pero cuando Windleshaw entró en la casa escrutó en todos los repliegues de su cerebro.

Charltonbury, sí, aquello era, se había resentido a la mención de Charltonbury. Pero ¿por qué? Charltonbury era realmente famoso. Ser la dueña del magnífico Charltonbury era

una posición envidiable y Windleshaw era un partido muy solicitado.

—Naturalmente, él no podría tomar Wode en serio. No podría compararse con Charltonbury. ¡Ah, pero Wode no era suyo! Ella lo vio, lo compró, lo reconstruyó sin preocuparse del dinero que le costaba. Aquello era su propia posesión, su reino.

Pero en cierto modo aquello no existiría si se decidiese a casarse con Windleshaw. ¿Para qué iban a tener dos residencias campestres? Y de las dos, Wade Hall sería la condenada a desaparecer.

Ella misma, Linnet Ridgeway, dejaría también de existir. Se convertiría en la condesa de Windleshaw, llevando a Charltonbury y a su dueño actual una dote apreciable. Sería reina consorte, pero no la reina.

«Me estoy volviendo ridícula», se dijo Linnet.

¡Pero era extraño cómo odiaba la idea de abandonar Wode! ¿No había algo más que le hiciese sentir así?

La voz de Jacqueline, con aquella nota monótona y ardiente: «Si no me caso con él, me moriré. Me moriré... Me moriré...». Y lo decía con convicción, formalmente. ¿Experimentaba ella, Linnet, un sentimiento idéntico hacia Windleshaw? Con seguridad, no. Tal vez no llegaría nunca a ese extremo por nadie. ¡Debía ser maravilloso sentir aquella grandiosidad!

A través de la ventana abierta se oyó el ruido de un coche que se aproximaba.

Linnet se lanzó impaciente en su dirección. Debían ser Jacqueline y su novio. Saldría a recibirlos.

Se encontraba en la puerta de la verja cuando Jacqueline y Simon descendieron del automóvil.

—¡Linnet! —Jacqueline corrió hacia ella—; este es Simon, aquí está Linnet. Es la criatura más maravillosa del mundo...

Linnet vio a un joven alto, de hombros anchísimos, ojos azul oscuro, cabello castaño rizado y una sonrisa atractiva de chiquillo.

Una ardiente sensación de embriaguez se extendió por todas sus venas.

—¿No es todo esto encantador? —dijo—. ¡Venga, Simon, entre y permítame que dé la bienvenida a mi administrador *comme il faut!*

Cuando se volvía para señalar el camino, pensaba: «¡Me siento extraordinariamente feliz! ¡Me gusta el novio de Jacqueline! ¡Me gusta enormemente!». Y luego, con pesar, exclamó como dolida: «¡Qué suerte tiene Jacqueline!».

Tim Allerton se reclinó perezosamente en su *chaise longue* y bostezó mirando al mar. Luego lanzó una rápida mirada de soslayo a su madre.

Mistress Allerton era una mujer todavía guapa, de cincuenta años de edad y cabellos nevados. Adoptando una expresión de severidad en su boca cuando miraba a su hijo, creía poder disimular la extraña afección que sentía hacia él. Los observadores que no la conocían, raramente se dejaban engañar por este gesto, y el mismo Tim veía perfectamente el corazón de su madre a través de este velo de severidad.

Hablaba el joven:

—¿Te gusta Mallorca, de verdad, mamá?

—Pues bien... —mistress Allerton hizo una pausa para reflexionar—. Es barata la vida aquí...

—Y fría —dijo Tim, estremeciéndose levemente.

Era un joven alto, delgado, de cabellos oscuros y pecho estrecho. La boca tenía una expresión de dulzura, ojos tristes y mandíbula indecisa. Poseía manos delicadas.

Amenazado de tuberculosis algunos años antes, nunca pudo desarrollarse físicamente. Públicamente, se suponía que se dedicaba a las letras, pero sus íntimos sabían que aquello no pasaba de ser una fantasía y que sus trabajos literarios no fueron jamás aceptados por nadie.

—¿En qué piensas, Tim?

Mistress Allerton aguardó expectante la respuesta. Sus ojos negros y brillantes escrutaban suspicaces a su hijo.

Tim Allerton hizo una mueca.

—Pensaba en Egipto.

—¿Egipto?

En el tono de mistress Allerton se advertía un asomo de duda.

—Aquello es tibio de verdad, mamita. Con arenas de oro. El Nilo... Me gustaría remontar el curso de aquel río poético. ¿A ti no?

—Claro que me gustaría —dijo la interpelada con sequedad—. Pero Egipto es terriblemente caro, hijo mío. No es para los que tienen que dar muchas vueltas a su dinero antes de gastarlo.

Tim lanzó una carcajada. Se levantó y se desperezó. Parecía haberse llenado de vida nueva en un segundo. Dijo con voz excitada:

—Los gastos correrán de mi cuenta. Sí, mamita. He tenido la suerte de dar un golpecito en la Bolsa con resultados satisfactorios. Me he enterado esta mañana.

—¿Esta mañana? —dijo mistress Allerton con voz cortante—. ¡No tuviste más que una carta y era...!

Se interrumpió, mordiéndose los labios.

Su hijo pareció quedar indeciso sobre si debía tomarlo a broma o enfadarse; eligió lo primero.

—Era de Joanna —terminó con frialdad—. Está bien, mamá. Eres la reina de los detectives. El famoso Hércules Poirot tendría que esforzarse para conservar sus laureles si tú decides hacerle la competencia.

Mistress Allerton parecía confundida.

—Vi la escritura del sobre por casualidad y...

—¿Y te diste cuenta de que no era de un agente de Bolsa? Estupendo. En honor a la verdad he de decirte que fue ayer cuando lo supe. La escritura de la pobre Joanna es bien fácil de reconocer... parece que se quiere salir del sobre, como una araña enloquecida.

—¿Qué dice Joanna...? ¿Algo nuevo?

Mistress Allerton se esforzó para que su voz sonara de modo casual y ordinario. La amistad entre su hijo y su prima segunda, Joanna Southwood, le había irritado siempre. No porque hubiese algo entre ellos, como se repetía incesantemente la buena señora. Ella sabía perfectamente que no lo había. Nada.

Tim nunca había mostrado ningún interés sentimental hacia su prima Joanna, ni esta hacia él. Su atracción mutua parecía estar cimentada en la afinidad y posesión de amigos comunes. A los dos les gustaba la gente y criticar a la gente. Joanna tenía una lengua cáustica y divertida.

La rigidez de expresión de mistress Allerton cuando Joanna estaba presente o cuando recibía una carta suya, no se

debía al temor de que su hijo pudiera enamorarse de su prima.

Era otro sentimiento indefinible, tal vez de celos, por el placer indudable que Tim experimentaba cuando se encontraba en compañía de Joanna. Él y su madre eran tan excelentes amigos que la sola vista de una mujer que acaparase la atención de Tim le producía una desazón violenta. Creía que su presencia constituía entonces un estorbo para los dos representantes de la nueva generación. Muchas veces los había sorprendido en animada conversación que, al acercarse ella, interrumpían o variaban el tema. Pero, decididamente, mistress Allerton experimentaba pocas simpatías por su sobrina. La consideraba hipócrita, afectada y esencialmente superficial. Le costaba un esfuerzo extraordinario tener que reprimir los deseos que le acometían de decirle todo esto gritando a pleno pulmón y delante de todo el mundo.

En respuesta a su pregunta, Tim extrajo la carta de uno de sus bolsillos y le echó un vistazo.

—Es una carta bastante larga —observó la madre.

—No dice gran cosa —declaró—. Los Devonish han solicitado el divorcio. El viejo Monty ha sido encarcelado por haber conducido un coche en estado de embriaguez. Windleshaw se ha marchado a Canadá. Parece que le ha sentado bastante mal que Linnet le diese calabazas. Ella va a contraer matrimonio definitivamente con el administrador de marras.

—¡Es extraordinario! ¿Tan irresistible es el joven?

—No, no. Nada de eso. Es uno de los Doyle, de Devonshire. No tiene ni un céntimo, desde luego, y hasta hace poco estaba prometido a una de las mejores amigas de Linnet. ¡Una cosa bastante fea!

—Yo tampoco creo que se haya portado como debía —declaró mistress Allerton enrojeciendo.

En los ojos de su hijo apareció un relámpago de cariño hacia su madre.

—Ya sé, mamita. Tú no puedes ver con buenos ojos que le soplen a nadie su marido y todas esas cosas indecentes.

—En mis tiempos, respetábamos la propiedad ajena —dijo mistress Allerton—. Sin embargo, ahora la gente cree justo poder tomar lo que tiene al alcance de la mano, sea de quien sea.

Tim sonrió.

—No solamente lo cree, sino que lo hace. *Vide* Linnet Ridgeway.

—Bueno, pero yo opino que eso es horrible.

Tim guiñó un ojo.

—¡Ánimo, mamita, tal vez me adhiera a tu opinión! Hasta ahora no se me ha ocurrido jamás seducir a la mujer ni a la novia de un amigo.

—Estoy segura de que jamás harás tal cosa —dijo mistress Allerton. Ingeniosamente, añadió—: Te he educado demasiado bien.

—Así, pues, el mérito es tuyo; no mío.

Sonrió con humor, mientras doblaba la carta y la volvía a meter en el bolsillo.

Mistress Allerton pensó: «La mayoría de las cartas me las ha enseñado siempre. De esta de Joanna, solo me ha leído párrafos sueltos».

Expulsó aquel vano pensamiento de su cerebro y decidió, como siempre, conducirse como una señora de su rango.

—¿Se divierte Joanna? —preguntó.

—Así, así. Ahora tiene la intención de abrir una tienda de modas en Mayfair.

—Siempre se queja de su situación —dijo mistress Allerton con un timbre de despecho—. Pero lo cierto es que ella alterna con la mejor sociedad y sus vestidos deben costarle un dineral. Siempre va vestida irrefragablemente.

—Sí. En efecto. Probablemente, no los paga. No, mamá, no quiero decir lo que en este momento te está sugiriendo tu cerebro isabelino. Quiero decir literalmente que no paga las facturas.

Mistress Allerton suspiró.

—Nunca he comprendido cómo se puede hacer una cosa así.

—Es un don genial —repuso el hijo—. Cuando se tienen gustos suficientemente extravagantes y se carece de la menor noción del valor del dinero, se conceden a estas personas toda clase de créditos.

—Sí, pero esa persona no tardará en visitar al Tribunal de Quiebras o al de Morosos, como le ocurrió al pobre sir George Wode.

—Parece que sientes compasión por ese viejo palafrenero solo porque en un baile celebrado en el año 1879 te llamó capullo de rosa.

—Yo no había nacido aún en 1879 —repuso mistress Allerton con gracejo—. Sir George posee unas maneras encantadoras y no te permito que le llames palafrenero.

—He oído algunas historietas divertidísimas sobre él, referidas por personas que le conocen bien.

—A ti y a Joanna les importa bien poco la reputación del prójimo. Cualquier cosa les parece divertida aunque se arranque la piel a tiras a seres desgraciados.